Ecos de la resina

Juanjo Ruiz

Capítulo 1

Capitulo I

La noche estaba más silenciosa que de costumbre. Algo bastante extraño en aquellas frías tierras del norte de Neithom. Aquellas altas e impolutas torres de las que tanto se enorgullecen los residentes de aquella ciudadela, apenas se hacían distinguibles a consecuencia de la densa oscuridad. Sin duda, la ostentosidad de aquel lugar quedaba envuelta y semi-oculta para aquellas pobres sombras reflejadas en el frágil rescoldo de aquel intento de hoguera. Las brasas chasqueaban, rompiendo el nocturno silencio mientras que su rescoldo ígneo lograba teñir el alrededor de aquel páramo bajo un manto rojizo bastante similar al rubí. A pesar de que tan solo era un simple hoguera que había sido prendida con escuálidas ramas cubiertas de humedad y barro, aquellas llamas proporcionaban una cálida atmósfera de confort y tranquilidad que los abrazaba, haciéndoles la noche más fácil y un poco menos insólita.

La mayoría de aquellas almas permanecían mudas mientras su vista quedaba perdida en el frío y húmedo suelo. Simplemente unos pocos se atrevían a girar su cabeza de un lugar a otro, haciendo uso de sus escasas fuerzas para intentar que sus ojos vieran más allá de la zona, atravesando aquel manto nocturno. Aunque no había muchas cosas de las que se pudiera decir que valiera el lujo de ver, bajo aquellas tierras había ausencia de árboles y de una propensa y variada flora, solo existían pequeño matorrales y pequeñas plantas que servían de refugio para pequeños roedores y animales pequeños, y que, a su vez, transformaba livianamente aquel llano inhóspito en algo menos que un sitio carente de algún interés para cualquier caminante que se pusiera sus pies allí, si es que hubiera algún motivo para adentrarse en aquel lejano lugar. Sin embargo aquel emplazamiento servía como pequeño refugio y asentamiento para aquellos que no disponían de otro lugar donde el que asentarse. Aquellos que permanecían recluidos; o más bien, exiliados de todo lo referente al cúmulo humano que moldeaba la sociedad de aquellas tierras. Aquellas tierras, dónde ningún caminante o viajero vería motivo alguno de descansar su pie, aunque tan sólo fuese un día. Aquellas, alejadas y pérdidas de cualquier resquicio de valor para cualquier individuo; incluso aquellas zonas recónditas en las que un séquito de personas ni siquiera se pensaría la idea de pasar cerca de ellas, eran sus hogares, sus rincones donde hacer sus vidas, si es que se les podía denominar así.

El incesante crepitar de aquellas brasas carmesíes era armónicamente acompañado por la sinfonía producida por los presentes, que sorbían con fuerza y ganas su sopa.

-¿Te gusta la sopa de esta noche, Noh? -respondía la madre mientras su brazo buscaba tiritando la otra punta de aquella mullida manta que llevaba sobre sus hombros.

El infante se limitó a dar una sonoro sorbo a su sopa mientras afirmaba con gesto lento en dirección a su madre quién le dispuso una cálida, aunque débil sonrisa que brindaba algo calor dentro de aquella gélida noche. Minutos más tarde, entre aquel espectáculo de siluetas de sombras que brindaba las rojas brasas de la hoguera, una sombra se pronunció más que el resto. Así, delante de todo el mundo, uno de los individuos se levantó lentamente mientras comenzó a dirigir sin débiles zancadas en dirección a la olla común de todos, ya, cuando estuvo apenas a pocos palmos de la matrona que custodiaba la comida. Con gesto serio, levantó el brazo hasta que la luz de la hoguera pudo hacer visible un viejo y gastado cuenco que el hombre acercó con decisión hacia la cara de la mujer. Tras breves segundos de silencio, aquel hombre carraspeó.

-Quiero más -se limitó a decir manteniendo su cuerpo inmóvil.

La mujer, sin posar la mirada sobre aquel tipo, se limitó a quedarse en silencio mientras ponía su mano sobre la tapa de la olla.

-Quiero más… -volvió a responder esta vez más alto y acercando aún más a la vista el cuenco en un acto desafiante.

-Ya conoces las reglas. Una ración por persona y ya está.

El hombre se mantuvo detenido y el cuenco continuaba alzado a la vista de todos. Aunque la visibilidad no era totalmente debido a la nocturnidad, lo más cercano de él pudieron comprobar cómo sus facciones se tornaban más y más tensas con el paso de los segundos.

-He pasado toda la tarde buscando en este sitio algo que cazar. Gracias a mi estáis comiendo eso. Merezco un poco más que el resto, vieja..

-Muchos también hemos colaborado para ese caldo, Filn… -interrumpió una voz serena.

Aquella voz sacó rápidamente de sí la concentrada mirada que Filn tenía, girando su cuello hacia el lugar donde se habia originado aquella atrevida frase, aunque, debido a la expresión iracunda que portaba, éste tenía

claro quién era el portador de aquellas palabras.

-¿Qué has dicho, Graham? -respondió de inmediato como si un resorte se tratase.

De pronto, una alta y robusta figura oculta en la oscuridad se levantó lentamente mientras dio un par de pasos más cerca de la hoguera, hasta que la luz del fuego iluminó gran parte de su cara.

-Muchos de nosotros hemos colaborado para tener comida esta noche, pero nadie está pidiendo una segunda ración. Ya conoces las reglas, Filn… -se limitó a contestar manteniéndose tranquilo.

Estas últimas palabras terminaron de colmar la paciencia de Filn, quién con gesto malhumorado se dirigió, a rápidas zancadas hacia su compañero, quién cuestión de segundos, la distancia que separada a los dos hombres se habia reducido estrepitosamente hasta el punto de que Braham podía notar en su rostro el soplo enervado de Filn.

-¿Por qué no te sientas de nuevo y dejas de meterte en lo que no te importa? -respondió Filn clavando una puntiaguda mirada.

-Conoces las reglas igual que el resto -respondió sin apartar su semblante de su intimidador. -Los recursos son limitados y tenemos que racionar.

Las frases de Braham fueron calladas por el ruido del cuenco de su debatiente, quién lo había arrojado hacia una roca y habiéndo quedado totalmente destruido. Una mujer cercana a la roca, se levantó débilmente para recoger los pequeños fragmentos del cuenco, pero su movimiento fue congelado por el estruendoso grito de Filn, quién le ordenó con voz tajante que se quedara donde estaba. A pesar de que él no disponía de una claro incentivo autoritario, pero no le era un impedimento para imponer a su gusto su mandato hacia algunos miembros del grupo. En tiempos en los que el hambre está en las esquinas y en los que la muerte se vuelve una huésped habitual en las vidas de aquellas pobres almas, la cordura y la diplomacia pasan a ser rasgos extintos. Sin duda, el carácter iracundo y violento de Filn le brindaba aquella actitud confiada y que, en gran parte de las situaciones, desbordaba en soberbia hacía el resto de sus compañeros.

Este era el motivo por lo que la mayoría de ellos ni siquiera se atrevían a cuestionar las directrices u órdenes de éste. Solo unos pocos disponían del valor y la fuerza para desafiarlo. Entre ellos estaba Braham, quién, en alguna ocasión, ya le había parado los pies. A pesar de ser un hombre avanzado, aún disponía de un gran juventud y de una complexión

envidiable por algunas personas más jóvenes que él, y no dudaba en acatar las reglas y hacerlas llevar a cabo al resto del grupo. En pocas palabras, a diferencia de su compañero, él era esa luz de cordura que prendía un sutil calor al resto de sus compañeros, a quiénes les hacía recordar que, aún en los momentos de mayuor incertidumbre y caos en los que el instinto pasar a disponer un mayor papel de relevancia, la organización y el apoyo constante es la clave irrefutable de la supervivencia del grupo.

-¡Estoy harto de tus tonterías, Braham!, ¡Esta noche no vas a joder más! -empujó a su compañero, quién casi pierde el equilibrio.

La figura de Braham se puso más firme de lo que había estado antes entonces, ganando varios centímetros de altura en un sólo momento, su brazos se tensaron y su expresión se volvió más decidida. Sin embargo, un gesto que venía de Filn, le hizo arquear pronunciadamente una de las cejas. A pesar de la noche, el fuego le permitía observar con claridad los sutiles movimientos que éste realizaba, entre ellos pudo ver como su mano derecha se dirigía disimuladamente hacia su cinto trasero. Por las pequeñas oscilaciones de su brazo, supo que estaba buscando algo. No tenía la menor duda, aquella rata estaba buscando su cuchillo. Aquello perturbó, aún más, a Braham. No era la primera vez que había tenido que lidiar con discusiones con Filn, tampoco ésta sería la primera vez que había tenido que hacer uso de sus puños para finalizar las confrontaciones, pero, ¿usar su cuchillo? . Ésto estaba llegando demasiado lejos y todos aquellos que estaban viendo la escena eran conscientes de que iba a acabar de forma diferente.

Por otro lado, Braham podía llegar a entender la situación de Filn. A pesar de que él nunca había sido alguien que hubiera pensado las cosas con calma, nunca había llegado al punto de plantearse acabar con la vida de uno de los miembros del grupo. El hambre y la desesperación se habían adueñado, por completo, de su mente, dejando cualquier resquicio de cordura y llevándose tan solo aquellos impulsos de supervivencia propios de un animal salvaje.

Braham, sin dejar de posar la vista hacia su agresor, se fue alejando lentamente en dirección hacia un gastada y casi quebrada hacha que la había acompañado por más tiempo del que recordaba. No quería hacerlo, pero sabía que esta pelea no acabaría hasta que uno de los dos hiciera derramar la sangre al otro. Un frío soplo de viento enfrió aún más la situación y Braham sabía que a quién tenía, a escasa distancia, ya no era Filn. Este último, inclinó una de sus piernas en señal de tomar impulso para arremeter rápidamente contra su adversario, mientras que Braham ya sostenía con ambas manos su arma. Lo siento mucho, Filn… pero son las reglas.

-¡Ya es suficiente! -saltó de pronto la matrona de forma frenética.

Fue tan solo una frase simple y rápida, pero fue lo suficientemente contundente como pesar hacerle salir del trance a ambos. Y, por primera vez en toda la confrontación, la matrona se puso de pie con la ayuda de uno de los jóvenes que estaban a su lado, y se dirigió hacia los dos.

-Filn, una ración por persona, ¿ha quedado claro? -preguntó de forma retórica.

De pronto. como si de una onda atronadora se tratase, se generó una contundente silencio sobre todos los allí presentes. Allí estaba la mujer que, a pesar de su visible y longeva edad, había marcado las pautas a seguir en la comunidad y a quién ni siquiera Filn, con su ego ensoberbecido de egocentrismo se atrevía a cuestionar cuando ésta se ponía seria, pues era consciente de que las grandes consecuencias que suponía enfrentarse a la matrona.

No, aquel resonante mandato le había devuelto a un estado casi de letargo debido al hambre. Se quedó con la mirada fija en ella, quién continuaba manteniendo una expresión de firmeza a pesar de que sus piernas comenzaban a flaquear por la edad; incluso, el rescoldo rojizo de la hoguera dejaba ver las marcadas varices fruto de años y años de vivencia y experiencias. Luego, volvió a mirar a quién hasta hace un breve instante había sido su adversario en una posible y clara batalla a muerte. Braham, al igual que la matrona, se mantenía rígido, pero calmado. Su mano aún sostenía con firmeza el hacha y la inclinación de su brazo le hacía comprender que todavía estaba en alerta por si se le ocurría algún ataque sorpresa. Filn, bajó la cabeza y se rascó lentamente la nuca mientras dejaba que sus escuetos pensamientos inundan el panorama. Había faltado poco para que, de una forma u otra, la sangre hubiera teñido el húmedo fango de los alrededores. Sin decir ni una sola palabra, volvió a girar la cara hacia la matrona y, con un simple gesto de mirada en señal de afirmación, se fue en dirección a donde se encontraban esparcidos los fragmentos de lo que, hasta entonces, había sido su cuenco de comida y, ignorando las asustadas vistas de los demás, comenzó a recoger trozo a trozo.

No era la primera vez que alguien de la comunidad tenía que pararle los pies. Sin embargo, sobre aquella oscura noche y siendo el blanco de cada una de las miradas del lugar, había comprendido algo muy importante. Incluso cuando la gente esté débil; incluso cuando el caos se estuviera asomando en cada esquina, el alfa seguía siendo el alfa. Se dirigió a un

trozo que estaba un poco más alejado que los demás, un poco más cerca de la matrona, por lo que aprovechó para echar un último y fugaz vistazo hacía ella. Se había vuelto a recostar mientras que algunos le ayudaban a sentarse y otros le tapaban con desgarrados fardos. Sí, a pesar de su edad, ella siempre iba a ser el alfa.

Pasaron unos minutos hasta que Filn pudo comprobar que cada uno de los trozos del cuenco estaban ubicados en sus manos, habiendo hecho eso, se volvió hacía un rincón del lugar con el fin de intentar conciliar el sueño y terminar aquella extraña noche de una vez por todas. Uno de los compañeros, sin apenas mirarlo, se hizo a un lado para que pudiera acomodarse. Éste, se limitó a tomar asiento y permanecer callado mientras mantenía la mirada perdida sobre el rojizo color del fuego, intentando canalizar todo muestra de atención en el chisporroteando sonido de las brasas como si un mantra se tratase. Seguía notando como las personas del grupo hablaban entre ellos sobre lo ocurrido; incluso, algún que otro comentario aterrizó, accidentalmente, en su oído, no era nada nuevo para él; mucho menos, algo que le afectase en el fondo. Estaba acostumbrado, pero, por encima de todas aquellos ojos observadores, había una mirada que le seguía inquietando e incomodando. Se giró sobre su espalda y allí estaba. Graham continuaba paseando su analítica y aguda mirada sobre él. En esta ocasión, ya no llevaba su fiel herramienta en la mano, era un avance pensó. Volvió a alejar aquellos pensamientos e intentar finalizar la noche lo más rápido posible. Por lo que se volvió a girar dejando de espalda a Braham y se tumbó todo lo cómodamente que se pudo permitir en ese húmedo suelo. Reposó su cabeza sobre uno de sus brazos para que le sirviera como una almohada y cerró los ojos. Él lo sabía, estaban a punto de avecinarse días muy largos.